Extraído de Mateo Seco, Lucas F. y Domingo, Francisco. *Cristología*. Instituto Superior de Ciencias Religiosas. Universidad de Navarra, 2004.

Los misterios de la vida de Cristo y su eficacia redentora

1. INFANCIA Y VIDA OCULTA DE JESÚS

Dimensión redentora de los hechos de la vida de Cristo

Todos los actos de la vida de Cristo son redentores

Los misterios de la vida de Cristo, desde el momento de la Encarnación, no son *mera* preparación para la Redención, sino que son ya en sí mismos *realidad de Redención*, pues constituyen una unidad salvífica con el Misterio Pascual. El acto mismo de la Encarnación tuvo ya un sentido redentor y una eficacia salvífica para nosotros .

La esencia del acto redentor es el amor del Hijo de Dios, en cuanto ofrenda de su Humanidad al Padre por la salvación de los hombres. Este amor se manifiesta en su obediencia al Padre, en el sometimiento de su voluntad humana al designio divino, un sometimiento que es permanente durante toda su existencia:

> *Mi alimento* —dice Jesús— *es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra* (Jn 4, 34).

Los misterios del origen y de la misión de Jesús

Por la encarnación, el Verbo se ha unido en cierto modo a todo hombre

Por la encarnación, el Verbo no sólo se hace hombre, sino que se hace uno de nosotros, *hecho de mujer, nacido bajo la ley* (Gal 4, 4), es decir, nos toma sobre sí a nosotros y a nuestra historia, que ya no le es ajena.

La encarnación trae ya consigo el comienzo de la salvación, pues, al encarnarse, el Verbo toma sobre sí a todo el género humano, y, en cierto sentido, se une a todo hombre .

Esta "solidaridad" con todo el género humano como nuevo Adán, que tiene lugar ya en el hecho mismo de la Encarnación, es por eso mismo, una unión salvadora hasta tal punto que, en mariología, se dirá que la Virgen comienza a ser madre de los hombres precisamente en el momento en el que se hace Madre de Cristo, Cabeza de la humanidad .

El misterio de Jesús es antes que nada el misterio de su origen divino

Jesús procedía de Nazaret. Los "evangelios de la infancia" nos presentan a Jesús procediendo del misterio *incognoscible* de Dios; el cuarto evangelio recalca con particular interés que el origen real de Jesús es *el Padre*, que procede de Él totalmente y de modo distinto a cualquier otro mensajero divino.

La Encarnación del Verbo —clave de la economía de la salvación— es antes que nada iniciativa de Dios Padre .

La virginidad de Santa María es un signo más del misterio de Jesús

El misterio del origen de Jesús incluye también la virginidad de su Madre, es decir, una inseparable dimensión «pneumatológica», pues Él ha sido concebido "por obra del Espíritu Santo".

Se cumple así en forma plena la profecía de Isaías sobre el Mesías: según Isaías, el Mesías sería el portador en plenitud de los dones del Espíritu Santo . La realidad es que Cristo no sólo es el "portador de los dones del Espíritu", sino que es también «fruto» del Espíritu Santo, que santificó a su Madre haciéndola "toda santa e inmune de toda mancha de pecado y como plasmada por el Espíritu Santo y hecha una nueva criatura" (Conc. Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, n. 56).

Cristo y la santificación de la totalidad de la vida humana

Cristo con su vida santifica toda la vida humana

Los años de la *vida oculta de Cristo* no son una simple "preparación" para su ministerio público, sino auténticos actos redentores: "Con el anonadamiento, con la sencillez, con la obediencia: con la divinización de la vida corriente y vulgar de las criaturas, el Hijo de Dios fue vencedor" (San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, Madrid 1989, n. 21)

El Verbo eterno, asumiendo no sólo la naturaleza humana, sino también una vida ordinaria, ha redimido y santificado todas las realidades nobles de las que está entretejida la vida común de los hombres: vida de familia y relaciones sociales, juegos de niño y trabajos de adulto, fatiga y reposo.

La vida oculta de Cristo fue ofrenda gratísima a Dios Padre

En sus años de vida oculta, Jesús no sólo nos dio ejemplo, sino que también estaba realizando nuestra redención, mediante su amor y obediencia presentes en cada una de sus obras ofrecidas al Padre como ofrenda por los pecados del mundo.

Parecida consideración hay que hacer con respecto a las demás circunstancias de la vida oculta del Señor y, más en concreto, con respecto a la vida de familia, que encuentra en Cristo su pleno sentido divino y a la vida de trabajo.

El trabajo de Jesús y su valor redentor

El Señor redime al mundo también mediante la santificación de su trabajo

El Señor realiza nuestra redención también durante los muchos años de trabajo de su vida oculta, cumpliendo el quehacer que el Creador encomendó al hombre al colocarle sobre la tierra: que la trabajase (cfr. Gn 2, 15).

Dentro de la modestia de su trabajo de artesano, solidario también en este cometido con sus hermanos los hombres, Jesús ordena la creación hacia su fin, desarrollando con sus manos la obra del Creador, dando así todo su sentido divino al lugar que el trabajo encuentra en la historia de la salvación .

Dignidad del trabajo y amor cristiano al trabajo

En la historia de la salvación *el trabajo humano ha vuelto a encontrar en la existencia de Jesús su primitiva dignidad* querida por el Creador. El trabajo humano, durante los largos años de Nazaret, fue elevado a la dignidad de ocupación esencial del Verbo de Dios hecho hombre.

De ahí que la unión con Cristo, implique también el amor al trabajo como parte del amor que debemos tener a la propia vocación cristiana, porque, "al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora" (San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 47).

2. LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

El bautismo de Jesús

El bautismo de Jesús, inauguración de su ministerio público

Así se ve por la importancia y el lugar que el Bautismo del Señor ocupa en los evangelios. Jesús emplea en dos momentos posteriores las palabras *bautismo, ser bautizado*, para designar su muerte, con lo que deja clara la relación de su bautismo con el misterio de su muerte y su resurrección .

En su bautismo, Jesús se «solidariza» con los pecadores

En su Bautismo, Jesús, al acercarse a Juan para ser bautizado entre los pecadores con un bautismo de penitencia, se solidariza con los pecadores, sus hermanos, tomando sobre Sí sus crímenes conforme se profetiza en Is 53, 1-12 del Siervo de Yahvé, y hace penitencia con ellos para reconciliarlos con Dios. Se bautiza entre los pecadores, como más tarde morirá entre los malhechores .

De ahí que no sin profundo sentido y en clara asociación de ideas, el Bautista le designe en esa ocasión como *el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo* (Jn 1, 29), con una referencia cargada de evocaciones en torno al sentido de toda la vida de Cristo, orientada hacia el sacrificio de su muerte.

La expresión «Cordero de Dios» tiene un evidente significado sacrificial

La expresión del Bautista *Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo* (Jn 1, 29) sintetiza la obra redentora del Señor.

El término *Cordero* es riquísimo en alusiones sacrificiales: desde el Siervo de Yahvé, comparado a un cordero que sufre en silencio (...*como cordero llevado al matadero*, Is 53, 7) hasta el mismo cordero pascual con que se celebra la Cena. La expresión Cordero de Dios es, a su vez, particularísima, pues lleva en sí misma la idea de cordero ofrecido por Dios como un don, y recuerda el sacrificio de Isaac y el cordero provisto por Dios para sustituir a Isaac .

El Bautismo de Cristo y el bautismo cristiano

El Bautismo de Jesucristo es modelo del bautismo cristiano, que, a su vez, toma su eficacia salvadora de su orientación y de su esencial relación con la Muerte y Resurrección de Cristo como enseña San Pablo .

Este sentido de muerte-resurrección se encuentra en el simbolismo del Bautismo de Jesús: así como a la Muerte en la Cruz siguió la Resurrección, a la humillación de Jesús al sumergirse en las aguas recibiendo el Bautismo de Juan, siguió la glorificación por el Padre: *Y una voz que venía de los cielos decía: Este es mi Hijo amado en quien me complazco* (Mt 3, 17).

El misterio de las tentaciones de Jesús

En razón de la unión hipostática, Cristo era impecable. Sin embargo, como narran los evangelistas, fue tentado por el diablo.

También en razón de la unión hipostática, Cristo no sólo era impecable, sino que careció del desorden introducido en el hombre por el pecado original. En consecuencia, tampoco experimentó la tentación *desde dentro*, desde un desorden interior. Pero sí las experimentó desde fuera, especialmente contra la naturaleza redentora de su mesianismo .

En el Nuevo Testamento se da gran importancia a las tentaciones de Cristo

La Sagrada Escritura habla en lugar destacado de las tentaciones de Cristo, sobre todo en la escena presentada por los sinópticos inmediatamente después del bautismo (Mt 4, 1-11; Mc 1, 12-13; Lc 4, 1-13). Cristo ha tenido la experiencia de la tentación. Aunque sus tentaciones no procedían de su propio desorden interior, fueron tentaciones reales, auténticas.

Cristo sintió sobre sí la presión del demonio, la instigación de los hombres, el agobio de las mismas circunstancias, que le pedían que fuese infiel a su misión, que desnaturalizase su mesianismo. Se trató de tentaciones reales, que no implican desorden interior en quien las padece, y que, para ser rechazadas, requieren fortaleza .

Venciendo las tentaciones, Cristo vence también a Satanás

Las tentaciones de Cristo han de enmarcarse en el contexto más amplio de la lucha entre Satanás y Cristo, tan fuertemente subrayada en los evangelios. Jesús es atacado por Satanás con todos los medios con que éste cuenta a su alcance, también con la tentación. La victoria de Cristo sobre el diablo se consumará en la cruz; pero ha comenzado ya —y en forma contundente— mucho antes. Uno de los momentos cruciales de esa lucha y victoria de Jesús han sido precisamente las tentaciones.

Cristo es tentado también en cuanto Cabeza nuestra; lucha y vence al diablo, y al vencer sus tentaciones, vence también en cuanto cabeza nuestra de forma que, en cierto sentido, hemos vencido ya con Él. Su victoria sobre la tentación hace posible y se prolonga en nuestra victoria sobre nuestras tentaciones.

Las tres tentaciones relatadas por los Sinópticos apuntan hacia el mesianismo de Cristo

En su materialidad, las tres tentaciones relatadas por los Sinópticos apuntan hacia el mesianismo de Cristo, y guardan un estrecho paralelismo con la interpretación terrena que el judaísmo daba al papel del Mesías. Satanás tienta a Jesús para que oriente su mesianismo en mezquino provecho propio y contra la voluntad del Padre.

De hecho, Jesús tuvo que rechazar a lo largo de su vida las presiones de su ambiente, incluso de sus discípulos (cf. p.e., Mt 16, 23). Es la misma tentación que le propondrán los judíos, cuando está ya en la cruz: *Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz, y creeremos* (Mt 20, 20-22; Mc 10, 37-38).

La predicación y los milagros de Jesús

Jesús confirma su enseñanza con los milagros

Los evangelios presentan la actividad de Jesús durante su vida pública centrada en la predicación. Se trata de una actividad doctrinal intensa, que Jesús confirma con los milagros.

El magisterio de Jesús goza de una autoridad que está por encima de toda autoridad humana. Así se ve con especial fuerza en el Sermón del Monte, donde se presenta con una autoridad muy superior a la de Moisés. Jesús enseña e interpela con autoridad propia

La predicación de Jesús tiene como tema primario la predicación del Reino

El mensaje de Jesús tiene como asunto primario la predicación del *reino de Dios*, que es el *evangelio de Dios* .

El mensaje del reino incluye la liberación del poder del demonio, del pecado y de la muerte. La predicación de Jesús es ya en sí misma parte esencial de la salvación que viene a traer a los hombres, precisamente porque a través de la fe que suscita, engendra el verdadero conocimiento de Dios y de su voluntad salvífica.

Los milagros de Jesús son «signos» de que el Reino de Dios ha llegado

- Los milagros son signos del amor divino.
- Son *signos de la llegada del Reino mesiánico.*
- Los milagros son también signos de la verdad de la enseñanza de Jesús, en cuanto que confirman que *Él procede de Dios*.
- Los milagros se presentan como una revelación de su divinidad.
- En los milagros del Señor, se *anuncia la realidad sacramental* de la economía cristiana.

Los milagros de Cristo son «signos» de su divinidad

Los milagros de Cristo se presentan no sólo como signos de que Él es enviado por Dios, sino también como *revelación de su divinidad*, concretamente de su relación única con Dios Padre, pues sus obras son comunes:

> *Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí; y si no, creed por las obras mismas* (Jn 14, 11).

Aquél que revela a Dios como Señor de la creación cuando realiza los milagros con su propio poder, se revela a sí mismo como Hijo consustancial al Padre e igual a El en el señorío sobre la creación

Los milagros de Jesús son ya en sí mismos realidad de salvación

Además de ser «signos, los milagros de Jesús son y*a en sí mismos una realidad de salvación*, pues ésta abarca —al menos en su estado definitivo escatológico— la plena liberación de todo mal y de todo sufrimiento, plena liberación que, en forma limitada, anticipa el milagro, como señal de la llegada del Reino.

Los milagros de Jesús remiten, como «signo» anticipado, a lo que es el signo y el milagro fundamental de toda la vida de Jesús y de toda la historia de la salvación: la resurrección de Jesús, la resurrección de los muertos.

La Transfiguración

La teofanía de la Transfiguración es muy parecida a la del Bautismo de Jesús

El episodio de la Transfiguración se recoge en Mt 17, 1-13; Mc 9, 1-13; Lc 9, 28-36.

En la teofanía de la Transfiguración encontramos parecidas palabras a las de la teofanía del Bautismo: *Este es mi Hijo amado, escuchadle* (Mc 9, 7). San Lucas, en vez de *querido* introduce *elegido* (Lc 9, 35); San Mateo intercala el inciso *en quien me complazco* (Mt 17, 5): ambas expresiones se leen en el primero de los cantos del Siervo de Yahvé (*He aquí a mi Siervo, a quien sostengo yo; mi elegido en quien se complace mi alma*, Is 42, 1). Es claro que los evangelistas

entienden la expresión en sentido fuerte, es decir, en el sentido de que se proclama la filiación natural de Jesucristo al Padre.

El episodio de la Transfiguración es el pórtico de la Pasión

San Marcos advierte que la Transfiguración tiene lugar seis días después del anuncio de la Pasión (Mc 9, 2), insinuando que existe conexión entre ambos episodios, y queriendo mostrar a Cristo en camino hacia su Pasión. San Lucas explicita el contenido pascual de esta teofanía, al puntualizar que *dos varones hablaban con Él, Moisés y Elías, que aparecían gloriosos y le hablaban de su partida* (de su muerte), *que había de cumplirse en Jerusalén* (Lc 9, 31-32).

La teofanía de la transfiguración está dirigida especialmente a los Apóstoles para reconfortarlos en la prueba de la Pasión y Muerte de Jesús .

La transfiguración es un acontecimiento de oración

Mientras oraba, anota San Lucas, *cambió el aspecto de su rostro, y su vestido se volvió blanco y brillante* (Lc 9, 29). Comenta Benedicto XVI:

«La transfiguración es un acontecimiento de oración; se ve claramente lo que sucede en la conversación de Jesús con el Padre: la íntima compenetración de su ser con Dios, que se convierte en luz pura. En su ser uno con el Padre, Jesús mismo es Luz de Luz. En ese momento se percibe también por los sentidos lo que Jesús es en lo más íntimo de sí y lo que Pedro trata de decir en su confesión: el ser de Jesús en la luz de Dios, su propio ser luz como Hijo» (*Jesús de Nazaret*, Madrid 2007, 361).

3. LA MUERTE DE JESÚS

Las predicciones de Jesús en torno a su muerte

Las narraciones del Nuevo Testamento y las profesiones de fe llevan, en primer lugar, a la cruz como acontecimiento histórico. *Fue crucificado bajo Poncio Pilato*, proclamamos en el Símbolo. Nuestro Señor predijo su muerte y su resurrección en numerosas ocasiones y de diferentes modos.

La Pasión del Señor fue profetizada claramente en el Antiguo Testamento

La Pasión del Señor fue significada en el Antiguo Testamento con diversas figuras, y fue profetizada claramente. Recuérdese, p.e., la figura de Abel, muerto por envidia de su hermano, el sacrificio de Isaac, el cordero pascual, la serpiente de bronce levantada en alto por Moisés en el desierto.

Por lo que se refiere a los profetas, basta recordar los Salmos 22, 27, 68, 109, o el capítulo 53 de Isaías.

En el Nuevo Testamento, al hablar de la Pasión del Señor, se citan estas profecías

Los evangelistas hacen notar en la narración de la Pasión cómo en ella se cumplieron las profecías . San Pablo afirma que Cristo murió *según las Escrituras, que fue sepultado y que resucitó al tercer día según las Escritura* (1Co 15, 3-4). No es posible leer unas cuantas líneas en el Nuevo Testamento en torno a la muerte de Nuestro Señor sin que inmediatamente nos encontremos con alusiones y citas explícitas del Antiguo Testamento, cuyo cumplimiento tiene lugar precisamente en los sucesos de la Pasión.

En el relato de la aparición a los discípulos de Emaús, el mismo Jesús, ya resucitado, les dice: *¡Oh hombres sin inteligencia y tardos de corazón para creer todo lo que vaticinaron los profetas! ¿No era acaso preciso que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria? Y comenzando por Moisés y por todos los profetas, les fue declarando cuanto a Él se refería en todas las Escrituras* (Lc 24, 25-26).

En los evangelios aparecen predicciones explícitas de Jesús en torno a su muerte

En los sinópticos, Jesús anuncia su muerte, p.e., con ocasión de la confesión de Pedro en Cesarea; la segunda, tras la Transfiguración; la tercera, en la última subida a Jerusalén . Las predicciones de Jesús se van haciendo cada vez más explícitas en detalles, conforme se acerca el fin.

También en el evangelio de San Juan se encuentran predicciones de la Pasión en los mismos labios de Jesús: en la conversación con Nicodemo, al utilizar el simbolismo de la serpiente de bronce; la segunda, al compararse al Buen Pastor que entrega la vida por las ovejas; la tercera, al compararse al grano de trigo que, si no muere, queda infecundo .

Mientras que las predicciones de los sinópticos ponen de relieve lo que la Cruz tiene de humillación y de oprobio, las predicciones contenidas en el evangelio de San Juan ponen de relieve lo que la Cruz tiene de gloria

La última Cena y el sentido de la Pasión

Los cuatro evangelios dan suma importancia a lo acontecido en la Última Cena

La Última Cena recibe amplio espacio en los cuatro evangelios. Tiene en todos ellos carácter de cena de adiós; también de cena testamentaria. Así aparece en la amplitud de los discursos y en su mismo tono (cfr. Mt 26, 29; Mc 14, 25; Lc 22, 1-18; Jn cps 14-16), en la oración sacerdotal (Jn cp. 17), y en las palabras pronunciadas sobre el pan y el vino. Estas palabras son recogidas explícitamente en 1Co 11, 23-26, Mt 26, 26-28, Mc 14, 22- 24; y Lc 22, 19-20. San Pablo las transmite con la solemnidad de quien transmite una parte esencial de la Tradición, del depósito de la fe.

Las palabras del Señor en el Última Cena dan sentido sacrificio a su muerte

Las palabras del Señor sobre el pan y sobre el vino durante la Última Cena son de gran importancia, pues en ellas se muestra el sentido sacrificial que Jesús da a su muerte: el cuerpo será *entregado* por muchos; su sangre es sangre de *la Nueva Alianza*, que será *derramada para la remisión de los pecados* (Mt 26, 29).

Se trata de palabras que muestran un claro conocimiento de la muerte cercana y del sentido salvador que el Señor da a los acontecimientos de su Pasión y Muerte.

Circunstancias de la Pasión

El cumplimiento de las Escrituras

De entre las circunstancias de la Pasión del Señor hay que destacar, en primer lugar, como ya se ha hecho, que en la Pasión y Muerte del Señor se cumplen las Escrituras, y que mediante esos sufrimientos se lleva a cabo la salvación de los hombres.

Intervención de las libertades humanas

El hecho de que en la Pasión se «cumplan» las Escrituras no es obstáculo para que se trate de acontecimientos históricos y libres, en los que intervienen las libres voluntades de

los hombres. No se trata de acontecimientos en los que, por así decirlo, los hombres estén interpretando “un papel previamente escrito”. Es libre Jesús al ofrecer su vida y aceptar la muerte; son libres sus discípulos que le abandonan, son libres quienes le juzgan y condenan y son libres también quienes llevan a cabo materialmente su muerte.

Pertenece a la fe que Jesús no sólo muere, sino que es *matado*. Pertenece a la fe que Jesús acepta su muerte con toda libertad.

Actuaciones de Jesús: la decisión de dar muerte a Jesús tuvo motivos religiosos

Los evangelios narran con enorme sinceridad lo acontecido en la muerte de Jesús. Narran las causas que le llevan a la muerte: la predicación, que interpela a la conversión, el mensaje sobre el reino de Dios y la misericordia del Padre, la indignación de Jesús ante la interpretación farisaica de la Ley, su decidido empeño por establecer una Nueva Ley que encuentra su expresión suprema en las Bienaventuranzas y por establecer una Nueva Alianza sellada con su sangre.

E**l motivo histórico fundamental que condujo a las autoridades judías a decidir la muerte de Jesús fue fundamentalmente religioso**: su conflicto con la Ley y con la religión oficial judía le acarrearon el odio y la repulsa de las autoridades. También la autoridad con que hablaba y el hacerse a sí mismo Hijo de Dios. El motivo jurídico que se adujo ante la autoridad civil, sin embargo, fue de orden político: que había afirmado que era el rey de los judíos.

Jesús fue siempre cumplidor de la Ley

A los ojos de algunos pudo parecer que Jesús actuaba contra instituciones esenciales de Israel: contra el sometimiento a la Ley, contra el carácter central del Templo de Jerusalén o contra la fe en el Dios único al hacerse su Hijo. La realidad es muy otra: Jesús se mostró siempre cumplidor de la Ley y respetuoso con el Templo y exigió siempre el amor supremo para Dios , al que se refirió siempre como el único Dios verdadero.

Causas de la Pasión y Muerte del Señor

Son muchas las «causas» que influyen en la Pasión del Señor

Entre estas causas hay que enumerar, sin duda, en primer lugar al Padre y a Jesucristo; después a quienes fueron ejecutores libres y responsables de ella: a los gentiles y a los judíos.

El Padre pide al Hijo que sea fiel hasta la muerte

La Pasión es, antes que nada, iniciativa de Dios Padre. Es Yahvé quien carga sobre el Siervo las iniquidades de todos nosotros (cfr Is 53, 6); es el Padre el que envía al Hijo al mundo, para que el mundo sea salvo por Él (Jn 3, 17). Al hablar de su Pasión, El Señor se remite constantemente al cumplimiento de la voluntad del Padre que le ha enviado .

Santo Tomás de Aquino (STh III, q. 47, a. 3. in c.) sintetiza esta “entrega” del Hijo que hace hecha por el Padre en tres aspectos:

1. preordenando la liberación del género humano mediante la Pasión de Cristo;
2. infundiéndole un amor capaz de hacerle aceptar la cruz;
3. no protegiéndole de sus perseguidores.

El Señor entrega su vida libremente

Es claro que el Señor entrega su vida libremente. Así lo dice el Señor: *El Padre me ama, porque yo doy mi vida y la tomo de nuevo. Nadie me la quita, sino que yo la doy por mí mismo. Tengo el poder de darla y el poder de volverla a tomar. Tal es el mandato que recibí de mi Padre"* (Jn 10, 17-18).

Jesucristo entrega la vida en ofrenda especialmente voluntaria: "No se gloríen los judíos —escribe S. Agustín—, como si hubiesen triunfado; Él mismo entregó su alma" (San Agustín, *Tratados sobre San Juan*, 47, 7, 5-15).

Judas, los judíos y los gentiles, causas inmediatas de la Pasión

El verbo "entregar" se aplica numerosas veces en el evangelio a la acción de Judas. A veces se traduce por *traicionar*, porque la entrega fue con alevosía; y se llama a Judas "el traidor" (Cfr. Mt 10, 4; 26, 25. 48; Mc 14, 44; Lc 6, 16; Jn 18, 2. 5). Los evangelios señalan la causalidad tanto de los judíos, como de Pilato y los soldados en la muerte de Jesús (Cfr Mt 21, 32; Jn 15,22-24.).

El Señor aparece «vencido» por sus enemigos, que, al pie de la cruz, interpretan la derrota de Jesús en el sentido de que *Dios lo ha abandonado* (Cfr. Mt 27, 39-44, Mc 15, 21-41; Lc23, 26-49; Jn 19, 17-30). Los arquitectos de Israel le Han rechazado a Él como piedra inservible para la construcción (Mt 21, 42; Mc 12, 10; Lc 20, 17).

La iniciativa del Padre y la obediencia de Jesús

Jesús es fiel a Dios Padre hasta la muerte

Jesús habla también de *obediencia* al Padre a la hora de aceptar la cruz. En la Oración en el Huerto, pide la Padre que pase de Él el cáliz de la Pasión, pero que no se haga su voluntad sino la del Padre (Lc 22, 42).

La iniciativa del Padre en torno la muerte redentora de Cristo es descrita como verdadero mandato dado al mismo Jesús, mandato que debe obedecer (cfr Jn 10, 18). A este mandato corresponde la obediencia del Hijo, una *obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz* (cfr. Flp 2, 8). Se trata de auténtica obediencia, que sería imposible, si no existiese verdadero mandato de morir, y si no existiese también auténtica libertad humana en Cristo.

La gloria de la cruz

Jesús mantuvo siempre el señorío sobre su propia vida

Cristo, perfecto hombre, no es sin embargo un hombre común, sino un hombre, que es Dios. Su vida humana es vida humana de Dios. Esta realidad ha de tenerse en cuenta también ante los acontecimientos de la muerte y de la sepultura de Jesús: quien muere y es sepultado es el dueño de la vida y de la muerte.

Esta es convicción común en la teología de la Iglesia que entiende en sentido fuerte estas palabras de Nuestro Señor: *El Padre me ama, porque yo doy mi vida y la tomo de nuevo. Nadie me la quita, sino que yo la doy por mí mismo. Tengo el poder de darla y de volverla a tomar* (Jn 10, 17-18). Jesús afirma con toda claridad que nadie le quita la vida, sino que es Él quien la da. La humillación, la extenuación y el oprobio de la cruz no pueden hacer olvidar el poder de quien muere en ella y, al mismo tiempo, esa omnipotencia no disminuye el abismo de *anonadamiento* que supone la muerte.

4. EL VALOR REDENTOR DE LA MUERTE DE CRISTO

Los sufrimientos y la muerte de Cristo

Cristo ha vencido al mal con su muerte

La Sagrada Escritura utiliza diversas denominaciones y analogías, que se complementan entre sí, para referirse al modo en que la vida, la muerte y la glorificación de Cristo han operado nuestra redención. Cristo ha vencido el mal con su muerte precisamente porque con ella expiado el pecado del hombre.

En el Nuevo Testamento, desde los primeros escritos, la muerte del Mesías aparece ligada al pecado de los hombres: Cristo murió por nuestros pecados (1 Co 15, 3; Rm 4, 25; Ga 1, 4), murió por los impíos (Rm 5, 6), se entregó por nosotros para redimirnos de toda iniquidad (Tt 2, 14), murió por nuestros pecados, el Justo en favor de los pecadores (1 P 3, 18).

Jesucristo, nuevo Adán

Jesucristo muere como Cabeza de todo el género humano

La capitalidad de Cristo sobre el género humano, su unión con todo hombre, es la perspectiva en que ha de situarse cuanto se diga sobre la Redención. En esta capitalidad se manifiesta en grado supremo su solidaridad con los hombres, que es un misterio cuya existencia está claramente afirmada en el Nuevo Testamento .

La encarnación implica no sólo que Cristo es verdadero hombre, sino que toma sobre sí el peso de la historia. Cada hombre lo hace al nacer: desde el nacimiento, está unido por lazos misteriosos con los antepasados, con el propio pueblo, con todos los hombres. La solidaridad de Cristo −hijo de Adán y nuevo Adán− con la humanidad se encuentra situada a un nivel único.

Cristo tomó sobre sí la pecaminosidad de nuestra historia

Al unirse misteriosamente a todo hombre, *Aquél que no conoció el pecado fue hecho pecado por nosotros,* dice San Pablo con frase fuerte (2 Co 5, 21). Cristo tomó sobre sí amorosamente nuestra historia hasta tal punto que, sin haber pecado, el pecado le afectaba; nuestros pecados eran, en cierto modo, pecados del Cordero santo e inmaculado en atención a nuestra unión con Él, y la satisfacción que ofrecía al Padre como Cabeza nuestra era, en cierto sentido, nuestra satisfacción.

El Señor acepta las consecuencias que, en medio de una generación perversa y adúltera (cfr. Mt 12, 39), siguen inevitablemente a la predicación clara del reino de Dios. Padecerá hasta el extremo la persecución *por la justicia*; y en su fidelidad de testigo del Padre consumará su vida en sacrificio.

La aceptación de la muerte “ex obedientia et caritate”

Cristo acepta su muerte por amor y obediencia

El dolor de Cristo en la Pasión es de una grandeza y universalidad extremas: el Señor padece intensamente tanto en los sentidos, como en el alma. Sin embargo, no se debe olvidar que la materialidad del dolor recibe su sentido redentor precisamente de la infinita caridad y obediencia con Cristo padece. El Señor borra con su obediencia lo que el pecado tiene de desobediencia.

Con su obediencia hasta la muerte, Cristo tributa al Padre un supremo acto de culto, indiscutiblemente de mayor valor y de frutos más grandes que, en sentido negativo, pudo tener la desobediencia de Adán.

Esta obediencia hasta la muerte ha sido *dolorosa*. Cristo es así la víctima propiciatoria por los pecados de los hombres .

5. LA PASIÓN Y MUERTE DE CRISTO COMO OBLACIÓN SACRIFICIAL

Las declaraciones de Jesús en los Evangelios

Jesús da a su vida el sentido de "entrega" a Dios en favor de los hombres

Con fuerza y constancia, el Nuevo Testamento advierte que la muerte de Cristo es un verdadero sacrificio, es decir, el acto supremo de culto que sólo es lícito tributar a Dios. Y sitúa este sacrificio sobre el trasfondo de los sacrificios veterotestamentarios, aunque superándolos en la medida en que la realidad supera la figura (Cfr. Hb 9, 9-14).

Jesús dice que Él ha venido *no a ser servido, sino a servir y a entregar su vida en redención por muchos* (Mt 20, 28).

El carácter sacrificial que Cristo da a su muerte aparece también en los tres anuncios que hace Cristo de su Pasión (Cfr. Mt 16, 21; 17, 22-23; 20, 18-19; Mc 8, 31-9, 9; 9, 30-32; Mc 10, 32-34; Lc 9, -22-27; Lc 9, 43-45; Lc 18, 31-34), y con mayor nitidez en las palabras de la institución de la Eucaristía (Cfr Mt, 26, 28; Mc 14, 22-25; Lc 22, 19-20; 1 Co 11, 25): su Cuerpo es cuerpo *entregado por vosotros para la remisión de los pecados; su sangre es sangre de la Nueva Alianza*, es decir, sangre de sacrificio con la que se sella la Nueva Alianza, como se selló con sangre la Antigua Alianza .

Los sacrificios del Antiguo Testamento

La muerte de Cristo está en relación con los sacrificio del Antiguo Testamento

Según el Nuevo Testamento, **la muerte de Cristo se encuentra en estrecha relación sobre todo con tres sacrificios del Antiguo Testamento**: con el sacrificio de la alianza, con el del cordero pascual, y con el del gran día de la expiación (Cfr. Ex 24, 4-8; Ex 12, 1-14. 21-27. 46-47; Lv 16, 1-34).

La finalidad de los sacrificios israelitas es la comunión con Dios

Los sacrificios del Antiguo Testamento, que son figura del de Cristo, tienen como finalidad la comunión con Dios, ya sea al establecer la Alianza, ya sea al "reafirmarla" reconciliándose con Él mediante la purificación y la remoción del pecado.

Los dones que se ofrecen no pretenden enriquecer a Dios, sino mostrar la voluntad del que los ofrece. El sacrificio interior es lo más importante del sacrificio que se ofrece a Dios. Los profetas protestaron con insistencia contra el formalismo de un culto externo sin conversión del corazón (Cfr. p.e., Os 6, 6; Jr 7, 21-28).

La doctrina del Nuevo Testamento

Todo el Nuevo Testamento entiende la muerte de Cristo como sacrificio

Todo el Nuevo Testamento está penetrado por el sentido de entrega que tienen la vida y

la muerte de Cristo. Así aparece con notable fuerza en los cantos del Siervo de Yahvé, cuyo eco se encuentra, p.e., en el himno de Filipenses (Flp 2, 5-11). Jesús se anonada hasta la muerte por obediencia, porque ha recibido del Padre el mandato de dar la vida por sus ovejas (cfr. Jn 10, 18; 14, 31).

San Pablo insiste en que Jesús da la vida por amor a nosotros . La claridad y la frecuencia con que el Nuevo Testamento hace uso del esquema y del lenguaje sacrificial a la hora de hablar de la muerte de Cristo pone de relieve que no está utilizando este lenguaje en sentido metafórico, sino real.

6. LA EFICACIA DE LA MUERTE DE CRISTO

Los frutos de la Pasión

La salvación es una auténtica liberación de todos los males que aquejan al hombre, físicos y morales

En innumerables ocasiones el Señor presentó la salvación que Él traía como una liberación de todas las esclavitudes.

Estas esclavitudes se suelen agrupar en tres grandes campos: liberación del pecado y de su fuerza sobre el hombre, liberación de la servidumbre al diablo y liberación del poder dolor y de la muerte. Es el fruto de la triple victoria de Cristo. Esta victoria es universal .

Jesús es el Salvador

El ángel indica a José que al Niño que va a nacer se le debe imponer el nombre de Jesús —Salvador—, porque *salvará a su pueblo de sus pecados* (Mt 1, 21).

La palabra **salvación** recibe en el Nuevo Testamento un sentido decididamente religioso. Comprende, por una parte, la liberación del pecado; y por otra —como la otra cara de la misma moneda— las bendiciones de Dios en las que se incluye, en su consumación escatológica, la liberación de todas las esclavitudes, también de la muerte .

La universalidad de la redención

Jesucristo ha redimido a todos los hombres de todos los tiempos

Pertenece a la fe de la Iglesia que el Señor ha muerto por todos los hombres: p*or todos ha muerto Cristo* (2 Co 5, 15). Jesús, como afirma San Juan, *es víctima de propiciación por nuestros pecados; no sólo por los nuestros, sino por los del mundo entero* (Jn 2, 2).

La universalidad de la Redención no significa que *necesariamente* todos los hombres hayan de salvarse .

Jesús ofrece de hecho a todos y a cada uno de los hombres los medios suficientes para alcanzar la salvación .

La triple victoria de Cristo

Cristo es vencedor del pecado

La victoria del Señor sobre el pecado es total. Y nos hace partícipes de ella. Cristo con su predicación desenmascara al pecado; lo muestra en su maldad, y lo condena como lo que es: como enemistad con Dios, como expresión demoníaca del egoísmo. Con su obediencia cura nuestra desobediencia y en su justicia somos justificados (cfr. Rm 5, 12-21). Y con su gracia nos da el poder de vencer al pecado .

Cristo es también el vencedor del demonio

En la medida en que el hombre es esclavo del pecado, se encuentra también bajo el *dominio* del demonio, no porque Satanás tenga un *derecho* sobre el pecador, sino porque tiene un mayor influjo sobre él para inducirlo al mal.

Jesús vence ya a Satanás superando sus tentaciones (Cfr Mt 4, 1-11; Mc 1, 12-13; Lc 4, 1-13) expulsa a los demonios mostrando su poder sobre ellos y también como signo del carácter liberador de su mesianismo (Cfr Mc 1, 21-27; 5, 1-20; 7, 24-30; 9, 14-29; Mt 17, 17-18; Lc 4, 35; 11, 20). Los evangelios ponen de relieve que estas expulsiones forman parte de la lucha de Cristo contra el demonio .

Jesucristo es el vencedor de la muerte

Jesucristo venció la muerte mediante su Resurrección; pero también puede decirse que venció la muerte con su propia Muerte, pues con ella expió nuestras culpas y mereció su Resurrección y la nuestra.

Esta victoria de Cristo, por cuanto se refiere a nuestra muerte, tiene un doble efecto:

- el de nuestra futura resurrección (Cfr. Rm 8, 10-11; 1 Co 15, 20-28);
- el de la liberación, en esta vida, del *temor de la muerte*.

La victoria de Cristo sobre el dolor y sobre la muerte comporta también, por así decirlo, el haberlos cambiado de signo: su valor negativo se convierte en positivo . En efecto, para quien se incorpora a Cristo por la fe y los sacramentos, el dolor, el fracaso y la muerte ya no son la negación de la realización de lo humano, sino auténtica realización trascendente del hombre que, unido a Cristo, corredime con Él.

La redención como reconciliación de los hombres con Dios

La Redención, que comporta en su punto de partida (en el término *a quo*) la liberación del pecado, del poder del demonio y de la muerte, en su aspecto positivo (en el término *ad quem*) no es otra cosa que una realidad nueva, a la que con frecuencia se denomina en el Nuevo Testamento como reconciliación con Dios .

Esta reconciliación implica el perdón de los pecados, que habían constituido a los hombres en enemistad con Dios